

## UNA APROXIMACIÓN AL BUDISMO EN CHINA

*Alberto Gómez Farías*

El budismo procede de la India, un país profundamente religioso, pero que rechazó sus enseñanzas, las que fueron recogidas por China, del mismo modo que los hebreos, hondamente creyentes en Dios, apartaron al cristianismo que surgió de su seno, para convertirse en la doctrina que ha moldeado la vida del mundo occidental.

Parece que Jesús enfrentó la astucia sacerdotal de su tiempo, como Buda se rebeló contra la enseñanza y el sacerdotismo de los brahmanes. Él era agnóstico y escéptico contemplando el alma universal o Brahma y el alma individual o Atman, presentados por los *Upanishads*. Se deduce que el sacerdocio era demasiado escéptico a las enseñanzas revolucionarias, y los brahmanes sentían su orgullo agraviado en presencia de Buda, como los fariseos y saduceos se sentían afectados en su dignidad en el desafío de Cristo. Cabe sin embargo formularse la pregunta de por qué no han sentido los indios el encanto, la hermosura y la grandeza de Buda.

Es una razón que el judaísmo en Judea y el brahmanismo en la India, en ningún caso fueron despreciados como religión y sistema ético, y ambos continúan siendo fuertes hoy. Además tenían más remotas, más verdaderamente profundas raíces en su conciencia racial. Aquel budismo y aquel cristianismo poseían en cambio calidades idealistas y universales que disminuían su carácter nacional.

Si es así, podemos aprender algo sobre el poder histórico y la fuerza de la creencia nacional, cualquiera que sea la explicación sobre la severidad y el poder del budismo en Asia, excepto la India. La evidencia está en la concepción de Buda como salvador del mundo, su gran compasión, su gentileza y amabilidad, y su mensaje para salvar a la humanidad librándola de las penas y de los sufrimientos de este mundo. Esto constituye el gran poder impulsivo en las religiones; esto le permitió introducirse con tan particular captación en el seno de la nación China.

Si nos basamos en el concepto popular de "religión", podría decirse que el pueblo chino es en general budista. El budismo es una religión popular, si por tal se entiende una Iglesia y un sistema de creencias que incluye templos y monasterios, un sacerdocio, cielo e infierno, oraciones y culto, un modo de "salvación" de la "miseria" y de la "transitoriedad" de la vida presente, santos y ángeles y un cierto número de divinidades; además de un sistema de creencias que enseña la bondad, la piedad y la abnegación, la negación de los valores mundanos, el ascetismo, la represión de los deseos pecaminosos y la conquista de sí mismo mediante una autodisciplina férrea en su práctica y concepción. El budismo posee todo esto en su forma actual.

El culto taoísta que se desarrolló en competencia con el budismo trató de imponerse proporcionando dioses, espíritus y diablos igualmente numerosos y un cielo taoísta de inmortales, llegando a apropiarse de algunas deidades indias. Pero si bien los chinos ilustrados veían en los cultos taoístas y budistas puras supersticiones, tenían franco respeto por la filosofía budista, poseedora de un sistema básico fino y detalladamente metafísico, dejando en cambio que el culto taoísta fuese la creación de la alquimia, la búsqueda de la piedra filosofal con el doble propósito de hallar el elixir de la inmortalidad, y de descubrir algo de valor más práctico o comercial: la transmutación de los metales bajos en oro. Es la "especialidad", que más adelante pasó a Europa por medio de los árabes.

En contraste con las Iglesias o denominaciones cristianas, la práctica de la religión en China no es excluyente. La mayoría de los chinos quedarían perplejos, y no sabrían qué contestar, si se les preguntara que religión profesan. No existían registros parroquiales y no hubo ni siquiera registros de nacimiento hasta los tiempos modernos, cuando se crearon los registros civiles. Ninguna familia es exclusivamente budista, taoísta o confuciana. La línea de la fe corta la familia un poco al modo como los partidos políticos cortan la familia occidental. Cabe que la esposa sea una devota budista, que se compromete a un ayuno vegetariano por un mes o un año, con objeto de que el Buda le otorgue tal o cual favor, y que el marido, un doctor confuciano, tolere algo así; cabe también que se dé el caso inverso, sin que ello altere en absoluto la convivencia armónica del hogar.

El budismo fue la única influencia intelectual extranjera que penetró en las ideas de la antigua China. Existió una buena razón que lo hizo posible; el budismo tenía un sistema de metafísica muy definido y a veces demasiado complicado que atraía a los chinos estudiosos. Ahora bien, con independencia de lo que la clase culta pensara del budismo, el pueblo chino quería una religión popular, dioses a quienes rezar y un paraíso al que aspirar; en mejor sentido, también quería el arrepentimiento de los pecados y una "salvación" que liberara del dolor, la enfermedad, los odios, la pobreza y la muerte. El budismo entró en China a través del pueblo y, en ocasiones, de hombres y mujeres de la corte. No penetró en la clase culta del país hasta que ésta debió reconocer su trascendencia.

Es notable la influencia budista en la filosofía china y el modo en que a su vez la mentalidad china adaptó el budismo a su propio sentido práctico. La filosofía budista continuó alterando la mentalidad china, hasta que los confucianos tuvieron que tenerla en cuenta y transigir con ella para coexistir. Si bien la ortodoxia confuciana siempre miró con malos ojos al budismo, al que consideraba una religión "extranjera", importada, el budismo hizo más profunda la filosofía china, haciéndola concentrarse en los problemas de la conciencia, la realidad y la mente.

Lo primero que hizo en realidad la escuela neoconfuciana fue tomar los escritos de Mencio y dos ensayos de Liki, llamados "Gran Saber" y "Armonía Central", a causa de su gran importancia filosófica, y convertirlos, con las "Analetas" y "Mencio", en los cuatro libros confucianos que todo escolar chino debía aprender. Ahora bien, el primer libro, "Gran Saber", comenzaba con estas palabras: "Los principios del gran saber consisten en restaurar el originalmente claro carácter del hombre, en renovar a las personas y en llegar al descanso en el bien último. Tener un punto de *descanso* viene antes que la estabilidad de la mente; la *estabilidad* permite tener *tranquilidad*; la *tranquilidad* permi-

te tener paz de espíritu, y la paz del espíritu permite pensar con discernimiento”. Todo esto tiene, o puede tener, un significado sorprendentemente budista. La palabra “descanso” es la misma con que la escuela budista Tientai resume su doctrina principal. El bien último es interpretado por el compilador confuciano Chu-shi al modo budista, cómo “llegar al bien último, más allá de nuevos cambios. Hay que comprender lo último de la Razón Universal y despojarse hasta del más leve deseo humano”.

Al continuar el desarrollo del seguimiento del saber, Chu-shi aprovechó la ocasión de una aparente laguna en el texto, para introducir metafísica Sung del siglo XII diciendo que “La obtención del conocimiento depende de la investigación del mundo material, se hace referencia a la aplicación de nuestro conocimiento para explorar la Razón en las cosas materiales. Porque hay Razón en ese conocimiento en la conciencia de toda mente humana, y hay Razón detrás de toda cosa material. Si el conocimiento falla, es porque la Razón no ha sido explorada a fondo...”.

Es manifiesto entonces que el confuciano chino se sentía, al mismo tiempo, repelido por la filosofía budista y estimulado para encontrar algo parecido a ella. En los prefacios a “Gran Saber” y “Armonía Central”, escritos en febrero y marzo de 1189, Chu-shi se refiere de modo específico a la presencia de las ideas budistas, afirmando: “Las doctrinas heréticas del Nihilismo y el Nirvana (anonadamiento final del individuo en la esencia divina) son más altas que el Gran Saber, pero no son prácticas”. Y también dice: “Surgieron y se desarrollaron herejías año tras año hasta que hicieron su aparición los seguidores de Lao-tzé y Buda, quienes parecieron acercarse a la Razón, pero sólo contribuyeron a confundirla... Algunos discípulos han vuelto la espalda a su Maestro y han gustado de las doctrinas de Lao-tzé y Buda...”. Esto es lo que en realidad el budismo había logrado en desmedro del confucianismo.

Pero ¿qué hay en la metafísica budista que de tal modo imponía el respeto y abría los ojos a los intelectuales chinos? Lo que sucedía era que Gautama había llevado a cabo con empeñamiento el examen de la conciencia y la realidad, en el que Descartes y Kant posteriormente se detuvieron. Si Descartes hubiese dicho “Siento, luego existo”, hubiera sido un Chuangtsé, que afirmó “Sin mí, nadie podría sentirlos”, refiriéndose a las emociones. Pero por qué Descartes quería creer o probar que existía? Si hubiese puesto en tela de juicio hasta esa mente perceptiva o “razón cognoscitiva” y seguido adelante, sin duda hubiera desembocado donde Buda llegó. Descartes confiaba en la mente perceptiva; Buda la miraba con mucho recelo.

En esto la Sutra Suragama es una obra maestra filosófica, un largo trabajo que desarrolla el idealismo prekantiano. En esta sutra, hasta la categoría del mismo espacio queda aniquilada en el Espíritu Superior, o la Esencia del Espíritu, o simplemente el “Espíritu de Buda”.

Aquí está el peso del mensaje de Buda: que esta vida es una esclavitud llena de padecimientos, sujeta a preocupaciones, miedos, dolores y muerte; que este mundo es ilusión, pero el hombre, en la esclavitud de este anhelo, compartiendo la vida consciente con la creación, va acumulando hechos, palabras y perpetraciones, hundido en la concupiscencia, los deseos y toda clase de mezquindades del espíritu, que está así condenado a la eterna rueda de la transmigración; que el hombre, sin embargo, puede liberarse y escapar

de la ilusión y la contaminación, mediante un esfuerzo intelectual o intuitivo; que puede hacer que la esencia de la mente se imponga a los sentidos y a la normal mente perceptiva y discerniente; que este estado de liberación de todo pensamiento finito y condicionado, sea de vida o muerte o de cualquier otra distinción, es el Nirvana indeterminado e incondicionado; que también la Rueda de la Ley gira eternamente, descubriendo al final que la senda de la liberación se halla en Buda, la Ley y la Iglesia.

Toda esta teología es bastante lógica y explica el poder intelectual y espiritual que le permitió al budismo conquistar todo el Lejano Oriente. Pero la noción más característica es la de *karma* o “el peso del pesado”. Una traducción más sencilla, pero menos exacta, sería simplemente “servidumbre”. Esta sumisión es lo que nos impulsa a las diversas actividades de la vida y del vivir, encerrándonos cada vez más. *Karma* en chino es *nieh-chang*. *Nieh* es pecado, y *chang* contiene la idea de un “obstáculo”, o una “pantalla” que nos impide ver la verdad. Buda hubiera podido utilizar muy bien la sentencia bíblica “Conocerás la verdad, y la verdad te hará libre”.

Podemos pasar por alto las enseñanzas budistas de orden moral. No hay religión en el mundo que enseñe el engaño, el robo, la deshonestidad, el odio o la venganza. Sólo hace falta señalar que la consecuencia de la doctrina de la transmigración es prescribir la bondad con todos los animales y prohibir la destrucción de la vida, o comer carne sacrificada. El pueblo chino nunca tuvo un “zoológico”, aunque si lo tuvo la corte imperial. Únicamente existía y existe “el estanque de vida en paz” para los peces, en los templos budistas, en donde tienen la oportunidad de vivir el apacible curso de sus días a salvo de las persecuciones humanas. A los ojos de un budista, cualquiera de estos peces puede llegar a reencarnarse como un ser humano, y tal vez convertirse en un Buda.

Penetrando en el desarrollo del concepto, llegamos a que de aquí procede, en elevado grado, el frondoso espectro de represiones, sublimaciones, sueños y obsesiones revelado por Freud, que ayuda indudablemente a comprender mejor el juicio del pecado. Ahora bien, en el mundo del pensamiento, si excluimos a los hombres de ciencia y lógicamente a Jesús, sólo nos queda un reducido puñado de mentes humanas calificadas como originales, entre las que podemos contar a Buda, Kant, Freud, Schopenhauer y Spinoza. Generalmente los demás se limitan a repetir lo que los otros han pensado, aunque muchos hayan hecho sus propios descubrimientos, razonando por cuenta propia. Por “mentes originales” entendemos a los idealistas que revelaron caminos desconocidos para la cavilación humana, los hombres cuyas ideas llegaron a alturas que los demás no habían alcanzado. Kant exploró los límites de la verdadera naturaleza del llamado conocimiento humano, aunque al modo alemán. Buda fue más lejos descubriendo y transitando por un escape más allá de la Razón Pura de Kant. Desde luego, vió una belleza que inspira santo temor, la belleza del conocimiento, que acerca cuanto es posible al mismo Dios.

Schopenhauer descubrió la base de toda vida animal y humana en la voluntad de vivir, de sobrevivir y de reproducirse, que surge más de un instinto racial colectivo que del instinto individual. Es un impulso que en última instancia debe explicar la migración de las aves, el retorno de los salmones para el desove, la aparición de colmillos, cuernos, aletas, garras y mil otros curiosos hechos biológicos. Según Schopenhauer, “un toro no cornea porque tiene cuernos, tiene cuernos porque quiere cornear”.

Spinoza descubrió como Chuang-tse, la unidad de todas las cosas y vió únicamente la sustancia infinita de la que las existencias finitas son sólo modos o limitaciones. Pero “el amor intelectual de Dios” de Spinoza, es solamente para el humanista, el estudioso, el investigador.

Lo cierto es que Buda, Schopenhauer y Freud, al mismo tiempo que abrieron nuevas fronteras al pensamiento en relación con la vida humana, se vieron todos ellos ante el hecho del pecado y los deseos. Y también los tres descubrieron algo en el hombre para regularlos, lo cual supone que se libra en todo instante una lucha, y que el hombre no necesita quedar postrado ante la fuerza tiránica de los instintos. Freud descubrió la censura moral del Superego. Tanto Buda como Schopenhauer propugnaron, por su parte, la supresión de los deseos y el ascetismo, actitud no del todo agradable por nuestra parte a causa de la suposición de que los deseos son malos en sí mismos. Es una presunción poco cambiante y nada convincente para la conciencia del hombre moderno. Spinoza descubrió, a la vez, que el hombre tenía, además de los instintos básicos, el noble instinto del bien, de perfeccionarse. Kant y Mencio lo refirieron a la “Conciencia”, como algo dado por Dios, es decir, heredado y “Original”, como el pecado mismo.

Hemos mencionado a Freud, quizás uno de los seres más curiosos. Tenía el instinto de una marmota, cuyo primer impulso es lanzarse a las regiones más oscuras y subterráneas, descubriendo los escondites de las cosas, y arrojar al aire montones de residuos alojados en el subconsciente. Junto a mil disfrazados, hay un solo Freud, susceptible desde luego de tomar posturas adversas a nuestra opinión, Siempre se lee con interés a estas inteligencias originales, porque sus ideas son grescas y no han sido maltratadas hasta marchitarse y echadas a perder.

El descubrimiento del ser interior del hombre por Freud presenta un cuadro no muy distinto del de Buda, descorriendo un tramado telón tras el que surgen nidos de variado e indeseable contenido. Lo mismo puede decirse de los desconocidos, oscuros y primigenios impulsos e instintos raciales de Schopenhauer; todo lo cual representa un aporte franco aunque no infalible de estos pensadores modernos al esclarecimiento del pecado. Comprendemos así por qué los escritores hebreos y de otros orígenes hablaron de estas fuerzas como de demonios y las personificaron en Satanás. Freud también habla de las “tiránicas y autónomas” fuerzas de los instintos, más allá del gobierno de la mente racional. Háblese de estos instintos como de demonios, si se quiere, pero no debemos hipnotizarnos con las palabras que se empleen para su identificación.

Y esto es lo que queremos decir acerca de las religiones, y en particular del budismo. Con buen sentido chino, se debería vivir con el mundo, llegar a un entendimiento con él, valientemente, en el sentido de la acepción de la gracia de vivir, como lo hacen los creyentes del budismo Shan, o Zen, según la denominación japonesa. Mientras la religión, cualquier religión, se aferre a la tendencia de negar la verdad consciente que se nos ha dado con tanta abundancia, al escapar de ella impedirá en toda esa medida, que la religión, cualquier religión, esté en contacto con la conciencia del hombre moderno. Seríamos realmente desagradecidos hijos superiores, ni siquiera dignos parientes de los creyentes del budismo Shan.

Así, en mucho lo entiende el pueblo chino, que mantuvo siempre el oído presto al mensaje del amor. Podemos decir que el sistema tradicional de pensamiento de su cultura milenaria fue preparado a la comunidad para recibir y comprender otra doctrina oriental, el cristianismo, más de cinco siglos antes de que Jesús naciera. Esto, de por sí, nos permite una evaluación de los sentimientos que identifican al hombre, mostrando la coherencia y solidez con que se manifiestan, aun en la más divergente apreciación.

Como se lo ha podido apreciar, el budismo contiene un mensaje de sublimación, buscando persistentemente sustraer al hombre de su tránsito por el pecado y de su denigrante sumisión. Dijo Buda:

*“Serio entre los irreflexivos; despierto entre los dormidos, el sabio se adelanta como un corredor dejando atrás al que trota”.*

*“Cuando el hombre sabio ahuyenta las vanidades con la sinceridad, tal sabio, escalando los peldaños elevados de su erudición, mira abajo sobre los insensatos. Libre de pesares, contempla a la muchedumbre apesumbrada, como uno que, desde una montaña, mira sobre aquellos que están en el valle.”*

*“Sabido que el cuerpo es frágil como un jarrón, y haciendo su pensamiento firme como una fortaleza, uno debiera atacar a Mara, el tentador, con el armazón del conocimiento y observarlo cuando ya está conquistado, sin descansar.”*

*“Deja que el hombre venza a la cólera por el amor, que sea vencido el mal por el bien, deja que sea vencida la codicia por la libertad, la mentira por la verdad.”*

Para concluir, recordemos que hay forma y contenido en toda religión, y la religión siempre se expresa por medio de la forma. En la medida en que un hombre adore a Dios en espíritu y verdad, las formas son únicamente medios distintos para los diferentes individuos de llegar al mismo fin. Las formas sólo valen en tanto nos llevan hacia la meta fijada por nuestra fe.